

Luis Meléndez

Artistas y críticos de arte



ERMITASENOS estas breves consideraciones sobre Críticos de Arte y Artistas en Chile. Usando, precisamente el lenguaje de un crítico que afirmaba «puedo decir que tengo cierta autoridad» por haber alabado, etc., nosotros podemos hablar del tema por otras razones: primera por una positiva, la de pertenecer, en cierto modo al oficio, y segunda, por una negativa como la es de no estar implicado en el asunto, ni por rencor ni agradecimiento por crítica alguna de arte.

Se ha reprochado a los señores artistas, que protesten por ciertas críticas que consideran injustas. Afirman los señores críticos su derecho al criticar y corregir a mansalva. No parece sino que se ha llevado al arte el principio del individualismo democrático, «hago lo que puedo hacer» y el totalitarista rígido, «harás sólo eso que yo deje hacer y como yo lo mande hacer obedeciendo y callando».

Es absurdo. Todo individuo que es atacado en su acción o producción, no sólo tiene el derecho sino el deber de defenderse cuando no hay una institución que lo ejercite de oficio. Se nos dirá que en arte no hay tal derecho puesto que el mismo Código exime de sanción los ataques o críticas por la prensa a la Literatura o a los artistas; pero tal sanción se refiere, no hay que olvidarlo, a sanciones penales o económicas, acaso para colocar las posibles discusiones en un plano moral más alto. Se

ha dicho que los escritores, salvo rarezas, no responden a quienes critican sus libros. Esta afirmación es estimable en cuanto a los escritores porque entre ellos se suscita, aparte el autor, una o más discusiones o exposición de puntos de vista diversos equivalentes a una defensa de oficio. y aun más: el libro, objeto de la crítica, tiene permanente voz propia, y con buena o mala fe no puede torcerse, ni deformarse su contenido. No sucede así con las obras de arte en un país nuevo y pobre en cultura artística de las masas sociales. En Chile, debido a la propia contextura étnica reacia a las manifestaciones espirituales, desdeñosa, podría decirse, de las complicaciones cerebrales y sobre todo de la fantasía. El arte fué, es todavía y acaso lo será durante largo tiempo, un elemento exótico ya que apenas si tuvimos muy embrionariamente ligeros atisbos, muy terre a terre, de arte prehispánico.

El arte, para expresarnos con una frase para la galería, es una flor de conservatorio; hay que adoptarlo facilitándole el desarrollo de sus raíces en el hostil suelo chileno. Para proteger tal desarrollo sería lógico tonificarlo, alentar a sus cultivadores, acoger sus esfuerzos con benevolencia para que la natural emulación vaya creando labor superadora; esto hicieron todos los viejos países y lo hacen algunos nuevos verdaderamente progresistas; es simple sentido común. Naturalmente en Chile, como buenos enemigos de todo lo chileno, hacemos todo lo contrario: primero apabullamos al artista con toda nuestra más olímpica indiferencia por todo lo nacional; luego, si el hombre es bastante osado para perseverar, entonces lo aplastamos comparándolo y buscándole cazurramente, la posible semejanza, el indispensable plagio, todo cuanto pueda lograrse de negativo y demoleedor, para aplastarlo de una vez. Así somos los chilenos frente a nuestros artistas. Y por último si esos ilusos señores, poseedores de las siete vidas del gato, vuelven a alzarse, entonces les largamos los Críticos de Arte, así con mayúscula. No es que el autor de estas líneas reniegue de tal crítica cuando

verdaderamente existe: niega su actual existencia constructiva en Chile, y para probarlo se permitirá hacer una ligera crítica del Crítico de Arte.

El arte es desde hace tiempo ya largo, un mundo de sofismas en revolución, propio e inevitable de los días presentes; lo que ayer gustó, hoy está pasado de moda; los conceptos se destruyen unos a otros y una manera artística, que parecía tener la novedad radiante de una creación impeccedera, está envejecida y olvidada euando menos se esperaba.

¿No fué Spengler quien comparó la época contemporánea con el período de la decadencia griega? Para situarnos sólo en un inmediato presente elijamos al arte francés como un modelo, ya que Francia tuvo con su arte y su literatura gran influencia sobre nosotros. Desde David hasta el aduanero Rousseau, ¡qué diversidad de tendencias! Y Rousseau es ya anciano para los ultramodernos. ¡Cuánto cerebralismo de refinamiento, de rebuscamiento y también de ansiedad, hay en todo eso, como fenómeno muy natural de país saturado.

Reconocido esto—no podemos por menos preguntarnos—¿Hay alguien autorizado a dogmatizar sobre tendencia alguna? Pero aceptando tal imposible Pontífice, ¿es constructivo tal pontificado en países en donde falta que el gran público empiece a conocer y a estimar el arte más clásico?

Los chilenos no tenemos cómo ni por qué encerrarnos en un arte autóctono prehistórico, pero no seremos nada más que unos monos tropicales si los pintores y escultores se limitan a seguir servilmente el «dernier cri» de las modas artísticas europeas. Reconocido esto, pasemos a analizar someramente algunas fallas del Crítico de Arte.

Nadie duda cuan grato es a la mayoría de las personas colocarse en cátedra y, modernamente, en Dictador. Sólo un espíritu ecuánime y que está en ese saludable clima del escepticismo, del cual acaba de hacer un estudio admirable, Alone, en ATENEA, puede divagar y hasta opinar según su sensibilidad,

respecto a las obras de una exposición de arte; su tarea es deli-
liadísima si piensa que está encaminada a crear interés por el
arte, antes que a lucir, con pueril vanidad y sabihondez, su
erudición europea, sus ductilidades de modisto, y gozar del pla-
cer de vengarse o premiar con un halago a otro halago. Además
para ese solo divagar personalista ya hace falta la solvencia de
cualquiera obra artística propia realizada.

Tenemos al alcance de nuestras manos algunas colecciones
del «Art Vivant», de «Le Crapouillot», algunas revistas de arte
alemanas y colecciones de aquella tan conservadora inglesa
«The Studio», y libros y más libros de arte, de crítica de arte,
manifiestos explosivos, oposiciones, etc. ¡Qué tentación lucir de
eruditos! Pero está presente el ejemplo de Víctor Dehlez, el
maravilloso grabador en madera, quien nos contaba sus peleas
campales de fanático por los ultraísmos más avanzados en el
París de la otra post-guerra, hasta que llegó el día en que se
encontró sin personalidad ni orientación. Entonces vino a Boli-
via y en el extremo de una de sus viejas ciudades de piedra,
frente a la planicie desolada como un paisaje lunar, volvió a
trabajar en la reconquista de sí mismo; allí surgió su nuevo
arte, prerrafaelista y gótico dentro del misticismo de la inspi-
ración puramente subjetiva, con una amplitud modernísima per-
sonal, sin servilismo a ninguna moda, enriquecido por una ima-
ginación prodigiosa. Allá creó su serie Bíblica, la de sus ilus-
traciones a los poemas de Baudelaire y a los cuentos de Lord
Dunsany.

Es un ejemplo que hace meditar, como dijo el otro.

Pero no se puede afirmar que los cronistas de arte estén
demás: mucho se debe agradecer su esfuerzo de divulgación si
ellos son eficaces y con presentación gráfica y no mero luci-
miento de «eruditez» personal, vanidad tan humana y tan fu-
nesta cuando va a desorientar aún más a un público que care-
ce de elementos de juicio, de información y de comparación.
Años atrás hubo en Santiago una revista que nunca ha sido su-

perada, ni siquiera, igualada, en todo el continente quizás, de divulgación artística, dirigida con espíritu selectísimo por Miguel Luis Rocuant: la Revista «Selecta», impresa a todo costo por la que entonces era editorial de don Agustín Edwards M.C. Parece que nada semejante volverá a existir durante muchos años todavía. Esa época aparece hoy como la de nuestro Renacimiento.

Y por último una observación en cuanto a la forma: nada tiene un poder más exasperante en la crítica, que ese «yo», esa primera persona singular, concediendo mercedes o corrigiendo tan infalible un Gran Inquisidor sentado en una cátedra de piedra para dictaminar sobre algo tan etéreo, tan de espejismos, como es el Arte. Si hay mil maneras y conceptos artísticos—¿qué concepto va a ejercitar el crítico?— ¿Existe un ser humano capaz de vibrar con la suma sabiduría de una conciencia absoluta, en mil conceptos divergentes y opuestos?